

Una brisa eterna

— Me dieron de alta — suspiró el chico mientras sonreía — ¡Volveré a estar con mi familia!

Sonreí. Sonreí porque era lo que él quería ver, una sonrisa. era la sonrisa más dolorosa que había dado en mis miseros 15 años de vida. Lo abracé intentando que no viera las lágrimas cayendo de mi ojos.

— ¡Me alegro mucho! — Mentirosa — ¡Por fin podrás volver a casa!

Ese día sonreí en su presencia. Rafael no podía verme llorar por él, pero; ¿cómo no hacerlo? Si aquel del que me enamoré estaba a punto de irse de mi lado. Rafael ya estaba en la puerta de aquel internado en el que compartimos tantos meses juntos.

Se acercó a mí mientras soltaba su largo y ondulado cabello. Me extendió su mano con el característico lazo rojo con el que sujetaba su oscura y desordenada melena.

— Ten. — me estiró sus manos, dejando aquel lazo en las mías — Sé que no es mucho. Pero espero que sea suficiente para que no me olvides, mi pequeña Brisa.

Sus ojos amenazaban con soltar algunas lágrimas. No me contuve, un río de lágrimas caían de mis ojos mientras saltaba hacia sus brazos.

— Rafael... — Lo abracé con todas mis fuerzas — ¡Jamás podría olvidarte!

— Recupérate. ¿Si? — Se alejaba mientras secaba sus lágrimas — Así nos veremos pronto ¿De acuerdo?

— Lo haré. ¡Lo prometo! — mis lagrimas parecían no tener final — Recuerda, — dijo mientras cruzaba la puerta— esto no es un “adiós” es un “hasta luego”.

Y junto a él, una parte de mí se fue también.

Nuestra historia de amor comenzó en febrero. Un 9 de febrero por la tarde.

Mis padres se hartaron de mi “comportamiento errático” y decidieron meterme a un internado psiquiátrico.

Descubrí que a lo que mis padres llamaban “flojera, “tonterías, “caprichos”, etc; era en realidad depresión. No me sorprendí, ya sabía yo que algo no andaba bien conmigo. Recordé haberles mencionado la idea a mis padres, y ellos me ridiculizaron terriblemente.

Al culminar mi evaluación, me enteré que tenía rasgos del espectro autista. Nada muy fuerte, solo dificultaba mis interacciones sociales. Supuse que eso explicaba el hecho de que tuviera un solo amigo; mi propio hermano mayor.

Me recomendaron no hablar con nadie los primeros días. Faltaba poco para el 14 de febrero, ese día iban a hacer una dinámica y dejarían que todos hablaran entre todos. Cabe aclarar que algunos pacientes tenían prohibido hablar con otros.

Durante esos 5 días me la pasé a solas, dibujando en el jardín. Más que un internado parecía una casa de retiro. Era grande y espaciosa, con un hermoso y extenso jardín junto a una piscina. Además había un pequeño huerto en el cual los pacientes plantaban distintas semillas y cuidaban de ellas.

En ese huerto fue donde vi por primera vez a Rafael. Lo que más me gustó de él fue su cabello. Lo tenía largo y ondulado, incluso mas largo que el mio, en un hermoso tono negro azabache. Estaba muy enredado en una, muy mal hecha, cola de caballo.

Yo me dedicaba a admirarle de lejos. No me animaba a hablarle, aunque tampoco lo tenía permitido. Así que esperé hasta San Valentín para acercarme. No estaba dispuesta a dejarlo ir.

En realidad, nunca le hablé, fue él quien me habló a mí. Resulta que, por más que yo quería que no me viera, él sabía que era yo quien le miraba desde el jardín. — Mi nombre es Rafael — dijo con una sonrisa — Tú debes ser Brisa, la que entró

hace una semana. Sé que es difícil hacer amigos aquí, pero ahora me conoces y puedes considerarme tu amigo. ¿Vale?

En ese instante supe, que terminaría enamorada de él

Pasaron 6 meses y él ya era un hombre recuperado, al menos lo suficiente para irse de mi lado. Después de nuestra despedida yo era un mar de lágrimas. Recuerdo que ni quise salir de mi habitación en días. La doctora, que venía una vez a la semana, tuvo que venir de emergencia a subirme la dosis de los antidepresivos que yo tomaba. Además me recetó pastillas para dormir. Así, al menos, podía dejar de llorar en las noches.

Un día llegó una carta de Rafael. Que yo supiera, solo familiares podían enviar cartas hacia dentro del internado. Pero no me estaba quejando, me alegraba saber de él. En su carta me pedía ser fuerte, se había enterado de lo mal que yo estaba. Me dijo también que había hablado con mis padres y les había pedido permiso para que, cuando yo saliera, nos dejaran estar juntos.

Así empecé el viaje de mi recuperación. Si bien en un inicio solo lo hice por Rafael, después entendí que eso ya no importaba, ¿Volveremos a vernos? No lo sé. ¿Mis sentimientos permanecerán intactos? ¿Quién sabe?

Lo que sí sé es que me voy a recuperar, no importa cuánto tiempo me lleve. No importa si me demoro unos meses o unos años. Y me voy a recuperar, no por él sino por mí.

Fin

Candy